

Nuestra ciudad, nuestra cultura, nosotros mismos

Paloma Escalante Gonzalbo*

Resumen: Este trabajo es una reflexión acerca de la viabilidad de la antropología urbana en una ciudad de las dimensiones de la ciudad de México. La pregunta central es si el antropólogo tiene, dentro de la metodología a su disposición, elementos para dar cuenta de la ciudad como totalidad; se prueba el alcance de conceptos como los "no lugares" y las "culturas híbridas", y se apuesta a la realización de un trabajo etnográfico bastante tradicional.

Abstract: This paper is a discussion about the possibility of making anthropology in a city of the size of Mexico city. The main question is whether the anthropologist has the resources for such approach, and whether or not we are able, with such resources, to refer to the city as a whole. Reviewing the concepts used by modern authors in urban anthropology, it ends up going for a more conventional ethnographic research.

◦. Cómo abarcar, cómo leer, cómo entender y cómo explicar lo que sucede en nuestra ciudad? ¿Qué hacemos con los conceptos disponibles, con las herramientas de la antropología, con las técnicas del trabajo de campo, para hablar de la ciudad más grande del mundo? El objetivo de este trabajo es analizar la viabilidad de los estudios propios de la antropología urbana en el caso de la ciudad de México.

Para mí hay varios caminos y una sola respuesta, la ciudad es abaricable y es inteligible, en tanto la veamos como espejo de nuestra particular cultura, en nuestro particular momento histórico. Este producto cultural nuestro que es la ciudad, constituye un todo al que hay que estudiar como tal, porque los trabajos parciales no dan cuenta de la totalidad, a menos que se analicen como partes de un todo, comprendiendo exactamente el lugar que ocupan dentro de ese "todo".

* ENAH-INAH

La ciudad es un producto cultural de todos nosotros, los que la habitamos y la transitamos cotidianamente; ninguno de sus espacios fue diseñado o construido por entidades abstractas, ajenas a nuestra cultura y al complejo entramado de relaciones sociales del que formamos parte. Cada uno de los territorios es definido en su dimensión, en sus características y en su uso por el juego de fuerzas de los actores involucrados, por las relaciones políticas y económicas que establecemos entre nosotros, y sólo desde esta óptica puede ser interpretado.

¿Podemos hablar de “no lugares” en nuestra ciudad?

Desde esta perspectiva, al menos en nuestra ciudad, y yo diría que es el caso de otras ciudades latinoamericanas, no puede existir algo como los “no lugares” enunciados por Marc Augé (1993), ni tampoco se puede pensar en una ciudad abarcable sólo con datos estadísticos o demográficos, por considerarla un mosaico demasiado diverso o complejo. Hay que encontrar el lugar cultural de cada pieza del mosaico para comenzar a entender la totalidad que ese mosaico forma.

Augé señala que hay un cambio en la percepción del espacio por parte de los sujetos en el mundo moderno y una multiplicación de los “no lugares”, que define

por oposición al concepto sociológico de lugar, asociado por Mauss y toda una tradición etnológica con el de cultura localizada en el tiempo y en el espacio. Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta.

Desde la lectura que hace un habitante de la Europa moderna, desde su cultura enormemente individualista, ego y etnocéntrico, esto es muy lógico y seguramente permite entender su realidad, lo que queda muy claro en su obra *El viajero subterráneo*, en la cual pretende hablarnos del metro de París; pero un lector tercermundista como yo, sólo puede ver las ensoñaciones y los recuerdos de un intelectual clase media de París, mientras es arrullado por el vaivén del metro. Es muy posible que así sea vivido el metro por la mayor parte de los parisinos y, en ese sentido, nos da muy buena cuenta de lo que ese medio de transporte es para una cultura determinada, pero esto poco o nada tiene que ver con una lectura que de cuenta de nuestra realidad urbana o de nuestros transportes públicos.

¿Cómo podemos entender nuestros ejes viales o nuestro metro sin remitirnos a las movilizaciones, a los conflictos sociales y a las negociaciones que ese trazo implicó? ¿Cómo podemos olvidar las colonias que se desplazaron, las pandillas que se desarticulaban en Santa Fe, las casas que se derribaron o a las que se les quitó terreno, las propiedades que se vieron devaluadas, la gente que vio mermar su patrimonio porque un eje vial tenía que pasar precisamente por su sala o por su estacionamiento, o a los que ganaron por la misma razón? En otro orden de cosas, pero siempre en la misma línea, ¿cómo dejar de pensar en la aprehensión y en el miedo de la adolescente que tiene que tomar el metro aunque sabe que en los amontonamientos y en los empujones será manoseada de manera obscena y no tiene más remedio que hacer de tripas corazón y abordar? ¿Cómo podríamos no mirar al ciego que sube cantando con su cazo de peltre en la mano a cada vagón para pedir limosna? Y la lista sería interminable. En cada espacio se construyen constantemente territorios, cada uno de ellos marcado con un lenguaje corporal, con gestos, con movimientos, con miradas o con palabras, cada uno establece sus fronteras y sabe, porque hay un código que se conoce y se comparte en cada ámbito, a qué atenerse con respecto a los demás. Hay conductas "normales" y otras que nos alarman, todo según el código del espacio en que se desarrollan.

No hay "no lugares" posibles en nuestra ciudad, en donde cada territorio es peleado centímetro a centímetro para nombrarse, definirse, usarse, en donde cada uno depende de un complejo entramado de relaciones sociales y genera otro entramado de situaciones sociales. La planeación central y aséptica de los espacios y de su uso no es real en nuestras ciudades, y los habitantes y los usuarios cotidianos de los mismos somos conscientes de este juego de poder detrás del uso y de la constitución de cada lugar en la ciudad.

La ciudad en dos dimensiones o la utilidad de los mapas

Allá por los años veinte, la Escuela de Chicago comenzó a trabajar sobre el espacio urbano trazando mapas de él y buscando criterios de demarcación que permitieran establecer zonas. En aquel momento la ciudad crecía vertiginosamente, al ritmo que las fábricas y la migración imponían. La planeación urbana era rebasada cotidianamente por la realidad de los asentamientos irregulares, por la falta de servicios, por el incremento de la inseguridad social, etcétera. En aquel momento se podía trazar un mapa en el que se distinguían claramente las colonias residenciales de los barrios obreros, las zonas marginales e, incluso, espacios que se llamaron intersticiales, especie de fronteras urbanas, espacios que se salían

del control y de la planeación central y que eran disputados para su definición, uso y control, por diversos actores urbanos.

En aquella época, los mapas de la ciudad se probaron muy útiles, como en el caso del seguimiento de una epidemia de difteria que permitió rastrear redes de relaciones sociales que antes no se habían considerado. En esa época también se empezó a descubrir que, por más que los pobladores llegaran a la ciudad de muy diversos lugares y culturas, se iban acomodando a lo que llamaron un "modo de vida", con mucho en común para todos y que se imponía rápidamente como constante, aun entre los habitantes de origen rural. El modo de vida urbano se apoderaba de todos, se iba formando una cultura propia del urbícola, independientemente de su procedencia y de su nivel social, surgieron, además, nuevos actores sociales y todos juntos fueron dando forma a esa nueva totalidad, cada vez más compleja.

Traigo a colación esta experiencia porque en ella es muy claro cómo la ocupación y la transformación de un espacio físico, la creación de una cultura y la articulación de los personajes de la ciudad, están íntimamente relacionados y de hecho no se puede entender lo uno sin lo otro.

En lo que sucede con la ciudad de México, hoy en día, hay muchas similitudes y, por más que las dimensiones de la ciudad la hacen muy difícil de abarcar, sigue teniendo ejes articuladores que es fundamental conocer para tener una cabal concepción de lo que son la ciudad y la cultura urbana que en ella se desarrolla.

Tanto la teoría de los no lugares, como la del transeúnte en el espacio urbano o la del viajero subterráneo, nos plantean una de las perspectivas desde las que se puede ver una ciudad moderna, pero sólo es una, y si la aplicamos a nuestra ciudad, no podríamos considerar una clase social a la que le quedara el saco.

La territorialización del espacio y las relaciones sociales

Si nos acercamos con suficiente profundidad, vemos que cada uno de los espacios, aun los transportes públicos, los ejes viales o los centros comerciales, son territorio de unos que otros reclaman, o del que son excluidos; territorios que, en un sentido que se asemeja al de la conquista de las zonas fronterizas en el siglo XVI en el norte de México, una vez conquistados se deben seguir manteniendo sin bajar la guardia. Se construyen barreras y parapetos y se vive con emociones que delatan la conciencia de los usuarios de la existencia de la lucha original que dio lugar al territorio.

Esa conciencia, manifiesta en emociones que inducen ciertos comportamientos, como las "medidas de seguridad" o el odio social, hace que no se pueda hablar, en nuestra ciudad, de un "no lugar", todo el espacio urbano es territorio de alguien o frontera en disputa, y cada disputa por el territorio concluye con un saldo, que se perpetúa por generaciones, en emociones y en comportamientos, que caracterizan a la cultura urbana.

Néstor García Canclini, en *Consumidores y ciudadanos*, habla de "consumidores del siglo XX y ciudadanos del XVI" (198); se refiere a la ciudad de México como a una "Babel desmembrada"; hace notar el "abismo entre la mirada telescópica de las encuestas y la mirada íntima del trabajo de campo", como "diversas maneras parcialmente legítimas de nombrar la misma ciudad inaprehensible" (64).

Si la ciudad de México fuera efectivamente inaprehensible, imposible de comprender como totalidad, cada uno de los actores, de los territorios y de los problemas quedaría sin la posibilidad de explicarse y de entenderse plenamente, ya que cada uno tiene sentido según la posición que ocupa con respecto a los otros en cuanto a su ubicación, tanto geográfica como en el marco de las relaciones de poder y en su propia historia. Los habitantes de la ciudad están relacionados entre sí, tienen todos una expectativa y una concepción sobre los otros y en consecuencia actúan, se relacionan y protagonizan una cultura particular, que no existiría fuera de esa particular ubicación en este particular entramado urbano. Esto no quiere decir que sea fácil abarcar, efectivamente, esa totalidad con las herramientas del antropólogo, pero me parece muy importante trabajar en la búsqueda y en la construcción de la teoría y de la metodología que nos lo permita, ya que otra cosa sería renunciar a la posibilidad de hacer, verdaderamente, antropología urbana. Un avance en este sentido es el planteamiento de Claudio Lomnitz en su libro *Salidas del laberinto*, que propone la forma de encontrar las articulaciones regionales que nos permitan hablar de una "cultura nacional" (426).

En este punto me parece interesante retomar la reflexión que inicia Néstor García Canclini en *Culturas híbridas*, y que continúa en *Consumidores y ciudadanos*, sobre el tema de la identidad. Él menciona que: "La clásica definición socioespacial de identidad, referida a un territorio particular, necesita complementarse con una definición sociocomunicacional..." Lo que resulta útil y claro destacar, es que hay grupos de personas, en el mundo moderno, que se comunican, comparten códigos y aún interactúan, sin compartir espacios físicos, pueden incluso formarse "comunidades", grupos que culturalmente tienen gran homogeneidad y que no son vecinos ni usuarios de los mismos espacios. Pero la relación que estos grupos establecen con los espacios que sí habitan, transitan y utilizan, tam-

bién forma parte de su integración identitaria y, por otro lado, quienes se comunican extraterritorialmente corresponden, en general, a clases sociales medias y altas y no a la mayoría de la población.

Comunicaciones, territorios e identidades

El desarrollo de las comunicaciones es nuevo, aunque no sólo incide en el mundo urbano, como es nuevo también el tamaño que hoy ha alcanzado nuestra ciudad. Retomando nuestras reflexiones, García Canclini continúa con lo siguiente:

¿Qué ciudadanía puede expresar este nuevo tipo de identidad? En la primera parte intentamos pensar al ciudadano actual más como habitante de la ciudad que de la nación. Se siente arraigado en su cultura local (y no tanto en la nacional de la que le hablan el Estado y los partidos), pero esa cultura de la ciudad es lugar de intersección de múltiples tradiciones nacionales —las de los migrantes reunidos en cualquier metrópoli— que a su vez son reorganizados por el flujo transnacional de bienes y mensajes.

Pierden fuerza, entonces, los referentes jurídico-políticos de la nación formados en la época en que la identidad se vinculaba exclusivamente a territorios propios. Se desvanecen las identidades concebidas como la expresión de un ser colectivo, de una idiosincrasia y de una comunidad imaginadas, de una vez para siempre, a partir de la tierra y de la sangre. La cultura nacional no se extingue, pero se convierte en una fórmula para designar la continuidad de una memoria histórica inestable, que se va reconstruyendo en interacción con los referentes culturales transnacionales.¹

A partir de estas afirmaciones, encuentro fuertes puntos de desacuerdo que, además, son importantes para sustentar trabajos y reflexiones posteriores: que el ciudadano esté más arraigado en su cultura local que en “la nacional de que le hablan el Estado y los partidos”, me parece una realidad observable en contextos urbanos y rurales a todo lo largo de la historia; la cultura local tiene un peso mayor en la conformación de la identidad y en los referentes de pertenencia, pero esa cultura local está, a su vez, determinada por el lugar particular que ocupa en el contexto del Estado del que forma parte, una de cuyas manifestaciones

¹ En este punto, me parece muy útil el planteamiento que hace Claudio Lomnitz en su obra *Salidas del laberinto*, en la que presenta un modelo metodológico para desarrollar estudios sobre la cultura nacional en las sociedades complejas.

son los discursos sobre "lo nacional", pero sólo es una de ellas, lo mismo que el pasaporte, que sólo un pequeño porcentaje de la población tiene, es un elemento que sirve como referente de pertenencia a una nación, pero la relación de la cultura local con el Estado, con un Estado en particular, con el mexicano, es determinante en la estructuración de esa entidad, más o menos abstracta, que puede ser la nación. En el medio urbano, y en general en la sociedad moderna, ese Estado está cada vez más presente en casi todos los ámbitos de la vida.

Nos relacionamos directamente con el Estado a través de sus funcionarios y de sus instituciones, todos los días de nuestra vida; cada vez que damos cuenta de nuestra vida privada al registro civil, que accedemos a la educación obligatoria, que transitamos por las calles de la manera establecida, que respetamos las medidas de contingencia ambiental o que aceptamos el absurdo del cambio del horario de verano. La ciudad es un lugar de intersección de múltiples tradiciones, que existían en otro tiempo fuera de ella, pero que son y han sido parte de una nación pluriétnica y pluricultural, que como tal se define y como tal se articula bajo un Estado.

Por otra parte, ese lugar de encuentro, de fusión, de contacto e intercambio, es lo que históricamente han sido las ciudades, sin que eso signifique que no puedan tener un carácter propio.

Fernando Chueca Goitia, en su *Historia del urbanismo*, recoge definiciones que a lo largo de la historia se han dado de la ciudad: "Ordenamiento y control de la naturaleza por el hombre en su máxima expresión", "espejo de instituciones", cima de la historia universal, forma y símbolo de una relación social integrada, un cierto número de ciudadanos, la más comprehensiva de las obras del hombre, nada de lo que se refiere al hombre le es ajeno... Hay muchas definiciones posibles que de alguna forma nos hablan de la ciudad, pero no dan cuenta, plenamente, de todo lo que la ciudad es, no resuelven el problema de encontrar lo que es propiamente lo urbano, del por qué un conjunto humano se llama pueblo y otro ciudad o de cómo, de un día para otro, ese pueblo comienza a ser ciudad... Por otra parte, hay muchas cosas distintas a las que se ha llamado, históricamente, ciudad: la *polis* griega es distinta de la ciudad medieval, que lo es de la villa cristiana, de la medina musulmana, de la ciudad-templo de Pekín o de una metrópolis comercial como Nueva York. Si tratamos de reconstruir la historia de las ciudades en el mundo y en el pensamiento occidentales, vemos que para Aristóteles la *polis*, como conjunto de ciudadanos, se asocia con el surgimiento del Estado; para Alfonso X se trata de los edificios que se encuentran dentro de los muros de la ciudad medieval, hablándonos de control, de poder, de fronteras... la ciudad barroca es residencial, señorial, consu-

midora...lo opuesto a lo que es el campo, el espejo en el que los hombres se ven enfrentados a la naturaleza desde un espacio creado artificialmente, la naturaleza sometida a la cultura.

El ámbito doméstico cobra un sentido nuevo y distinto en la ciudad, variando entre lo que sería, en el mundo occidental, la ciudad doméstica y la ciudad pública, básicamente la anglosajona y la latina. Para el latino la ciudad es para salir y encontrarse con los otros, es ágora, plaza, mercado, lugar de reunión, de discusión de asuntos colectivos. El latino mediterráneo no acierta a comprender que una aglomeración urbana pueda llamarse ciudad si no hay vida exterior y civil, para él la civilización anglosajona es una civilización sin ciudades. La ciudad anglosajona es una ciudad cerrada, en donde continúa desarrollándose la mayor parte de la vida en el interior de las casas, en un ámbito privado. La ciudad mediterránea es abierta, se vive hacia fuera y hasta las casas parecen abrirse y desbordarse hacia las calles por balcones, ventanales y puertas abiertas sobre las plazas; la ciudad abierta es claramente opuesta al poblado rural.

Entre la ciudad doméstica y la ciudad civil, queda la ciudad islámica, que nos interesa por la influencia que tuvo en España y, consecuentemente, en nuestras ciudades latinoamericanas. Aquí, la casa es estrictamente privada, con el patio como desahogo, no ve hacia la calle. No hay fachadas ni calles, no hay plaza como elemento de relación pública; sólo adquieren vida el patio de la mezquita, centro de la vida religiosa, y el zoco o mercado, que es el único lugar realmente bullicioso. Este modelo de ciudad es el producto de una organización social con la vida privada como eje y con un profundo sentido religioso de la existencia. Así, podemos pensar cada tipo de ciudad como la cristalización, en estructuras materiales, de determinadas formas de organización social.

En una primera aproximación, vemos que la ciudad occidental traza las calles y en torno a ellas construye las casas; la ciudad musulmana construye las casas y en torno a ellas las calles van buscando su acomodo entre los huecos que las casas dejan. En España se combinan las dos cosas y se da una clara diferenciación por géneros en el modo de vida urbano: la mujer se queda en casa y espía la calle a través de rejas o balcones; el hombre sale a la plaza, a la calle, y participa de la vida pública.

El carácter de la vida pública no es, pues, lo que define a la ciudad, o al menos hay tres tipos diferentes; no se trata de la extensión o de la cantidad de habitantes, en lo que hay variaciones aún mucho mayores. ¿Qué es lo que distingue a la ciudad de la aldea? Para Spengler se trata de la presencia de un "alma de la ciudad",

...destácase el alma de la ciudad como un alma colectiva de nueva especie, cuyos últimos fundamentos han de permanecer para nosotros en eterno misterio. Y una vez despierta se forma un cuerpo visible. La aldeana colección de casas, cada una de las cuales tiene su propia historia, se convierte en un todo conjunto. Y este conjunto vive, respira, crece, adquiere un rostro peculiar y una forma e historia internas...constituye la imagen urbana en su unidad el objeto de un idioma de formas y de una historia estilística, que acompaña en su curso todo el ciclo vital de una cultura (131; en Chueca: 17).

El aldeano y el ciudadano son seres distintos y no se comprenden el uno al otro. Y sí, podemos pensar que el habitante urbano de una gran metrópoli tiene más elementos en común con urbícolas de otras ciudades del mundo que con los habitantes rurales de su misma nación, sin embargo, esto no significa que el rostro de cada ciudad no esté marcado por la particular historia y cultura nacional que le dio origen, o que se pierda la posibilidad de hablar de una cultura nacional.

Con la Revolución Industrial las ciudades crecieron, aumentando más de cien veces, sin identificarse con la más mínima de las instituciones que caracterizan a la ciudad. Sólo dominó la ley de la producción y del beneficio económico, incluso en el trazo, en el cual la cuadrícula y las calles iguales únicamente beneficiaron a los especuladores de solares.

Modernamente hay ciudades mixtas, en una gran variedad de combinaciones. La ciudad contemporánea se presenta como un monstruo enormemente desintegrado, no es la ciudad pública a la manera clásica, ni una ciudad campesina y doméstica, no es una ciudad integrada por una fuerza espiritual. La primera impresión que se tiene es la de algo desintegrado, caótico, disperso, sin una figura propia. Consta de áreas indeciblemente congestionadas, con zonas diluidas en el campo circundante. En las primeras no puede darse la vida en relación, por la asfixia, en las otras por descongestión. El hombre, en su vida diaria, sufre tan contradictorios estímulos, que él mismo acaba por encontrarse totalmente desintegrado.

Sin embargo, ¿podríamos encontrar a nuestra ciudad y encontrarnos a nosotros mismos en el espejo de la historia, o de las historias, que desembocan en lo que hoy tenemos enfrente?

La ciudad medieval surgió por la necesidad de las murallas y de organizar un sistema de contribuciones para mantenerlas, según Henri Pirenne, era una "comuna comercial e industrial que habita dentro de un recinto fortificado, gozando de una ley, una administración, una jurisprudencia excepcionales

que hacían de ella una personalidad colectiva privilegiada" (Chueca: 26). En el caso de España, coexistían ciudades de este tipo con las ciudades de tipo islámico, los barrios árabes, introducidos durante setecientos años de colonización, que modificaron definitivamente el carácter, sobretudo, de las ciudades de Andalucía.

Los pueblos mesoamericanos, antes de la llegada de los conquistadores españoles, tenían sus propias ciudades, con una concepción y un carácter propio que respondía a los requerimientos de su organización política y social. El trazado semicircular de la ciudad de México, con su sistema de canales y de chinampas, requería de una precisa división del trabajo para mantener el correcto flujo del agua y evitar que ésta se estancara o se desbordara. Tenía una distribución jerárquica del espacio, desde el centro hacia la periferia, horarios y fórmulas propias para el uso de la ciudad: la zona ceremonial y la de los nobles, los barrios de los artesanos, la zona del mercado, los callejones de servicio, los sistemas de recolección de basura, etcétera. Era, además, una ciudad con un mercado impresionante, los cronistas lo describen como el más grande, surtido, variado, ordenado y concurrido de cuantos habían conocido. La ciudad de Tenochtitlan era una ciudad de consumo desde hacía, al menos, seiscientos años, y no era un consumo de productos locales o regionales de primera necesidad, sino que había artículos suntuarios y de todas clases que venían de las distintas regiones de Mesoamérica, de la región maya y hasta de Perú.

Sobre esa realidad, y con sus antecedentes propios, los conquistadores comenzaron la construcción de la ciudad colonial: el centro se impuso sobre todo símbolo del viejo orden y credo y el trazado reticular de las calles, amplias y abiertas, se utilizó para garantizar el control, para evitar concentraciones de gente, inoportunas o peligrosas, en lugares ocultos. No obstante, se repartieron lotes a las familias de los conquistadores, andaluces y extremeños, y ellos fueron transformando los amplios espacios y los lotes cuadrados, para lo cual introdujeron el callejón, la fuente, la comunicación de las casas por los traspatios...todo lo que les permitiera evocar sus pueblos o sus ciudades, tan lejanos. Los servicios se organizaron buscando nuevamente proveer de elementos de control y aclarando simbólicamente las condiciones del nuevo orden. Se establecieron las mercedes de agua para los conventos, que otorgaban al resto de los habitantes su usufructo, en la forma en que lo consideraban conveniente, a través de hidrantes colocados a los lados de sus edificios.

En los siglos XVII y XVIII, tanto en Europa como en las colonias de ultramar, se trató de racionalizar la ciudad, de hacerla más geométrica, considerando que el crecimiento anterior había sido obra del azar. Entonces las ciudades se con-

virtieron en obras de arte, aunque siempre fueron bellas, por ser el reflejo de una concepción del mundo. En el periodo barroco se comenzó a desarrollar la perspectiva y una concepción del espacio artístico, reflejo del poder absoluto del príncipe y de la economía consumidora de la corte.

En Europa durante el siglo XIX, y durante la primera mitad del siglo XX en México, todos los demás valores humanos se supeditaron al despotismo de la producción: se dio un crecimiento desordenado, nuevas instituciones, nuevos habitantes que vinieron de culturas diversas, fábricas...pero todo esto se estableció sobre algo que había previamente, fue otro eslabón en la cadena de una sola historia.

La ciudad se implantó en una tierra que adquirió el carácter de patria, carácter sagrado ya sea por la religión o por la historia. Esta no es opuesta a la noción de campo, es una especie de elaboración o de segunda etapa de esa noción, de la relación del hombre con la naturaleza. La ciudad tiene un ser histórico que se manifiesta en una particular organización física —en instituciones, calles, edificios, luces, tranvías, teléfonos, hospitales, escuelas, etcétera— y en lo que se ha llamado el “alma de la ciudad”, en el conjunto de costumbres, tradiciones, sentimientos...Con todo esto, una ciudad adquiere un carácter y una individualidad por los que siempre es la misma y nunca es lo mismo.

La antropología en la ciudad

Debido a las dimensiones de la ciudad y a las técnicas tradicionalmente empleadas por la antropología y por la sociología, se ha tendido a descalificar a la primera. Sin embargo, hay varias razones que apoyan el desarrollo de la antropología en el medio urbano, como son la construcción de nuevas técnicas y herramientas de análisis, las cuales aportan elementos únicos y muy importantes para la comprensión de los fenómenos urbanos. La antropología logra la exotividad de lo familiar al verlo como un estilo de vida más entre los muchos posibles y, con esta extrañeza frente a lo cotidiano, posibilita un pensamiento fresco e incisivo. Al considerar como unidad de observación a los sistemas de las relaciones sociales y no a los grupos de individuos, como hace la sociología, puede ayudar a encontrar un sentido en el aparente caos de las ciudades modernas. Integrando las relaciones sociales y la cultura, podemos obtener nuevos resultados en el estudio de las ciudades, resultados diferentes de aquellos a los que se puede llegar a través de las formas de acercamiento utilizadas por los urbanistas o por los sociólogos.

Ya Wirth, en *El urbanismo como modo de vida*, en los años cincuenta, puso el énfasis en la densidad y en la heterogeneidad de la población del medio urbano y

en cómo, al depender de las instituciones, más que de las personas, para la propia supervivencia, se establecen relaciones "secundarias" entre los hombres que son despersonalizadas, básicamente, porque se ha renunciado a conocerse. La proximidad física aumenta la distancia social, "como el urbícola está permanentemente expuesto a la heterogeneidad de la ciudad y se mueve entre diversos individuos y grupos llega a aceptar la inestabilidad y la inseguridad como normales".

Una de las aportaciones principales de Lewis fue la idea de que la vida social no es un fenómeno de masas, sino que tiene lugar, en su mayor parte, en grupos pequeños, dentro de la familia, dentro de los hogares, dentro de los barrios, dentro de la iglesia, en grupos formales e informales, etcétera. Plantea que el estudio de la vida social, en la ciudad, debe basarse en el estudio cuidadoso de los pequeños grupos que la forman y en la manera en que éstos se articulan entre sí. Sin embargo, pienso que Wirth no se equivocaba del todo y que lo importante es notar que, en la ciudad, hay una gran variabilidad en el tipo de relaciones que se pueden dar y que, de hecho, se dan. Recientemente, Hanerz habla de que hay que considerar diferentes modos posibles de vida urbana y que el urbícola puede transitar entre varios de ellos a lo largo de su vida.

Hay críticas puntuales de mayor o de menor relevancia a ambos planteamientos, pero la que me parece más interesante mencionar es la que hace Pocock a Wirth, en el contexto de la sociedad hindú. Pocock considera que los planteamientos de Wirth son etnocentristas y que la dicotomía campo-ciudad se da sólo en aquellas ciudades creadas por la cultura occidental, pues no está presente en la India, en donde las ciudades son una continuidad de las aldeas. El sistema de castas llegaba a su máximo desarrollo en la ciudad y en ella el espacio estaba organizado según el orden del universo y no según las necesidades territoriales del comercio o del poder. Considero que este planteamiento tiene elementos interesantes para repensar el caso de la ciudad de México, en donde la nueva ciudad se asentó sobre una cultura urbana profundamente arraigada que, al igual que en la India, no necesariamente se había originado en la idea de la dicotomía rural-urbano.

Para una visión antropológica del urbanismo se deben tomar en cuenta los papeles y las situaciones sociales. En esta búsqueda de la ciudad y de la antropología urbana, hay una estrecha colaboración con los historiadores de la vida cotidiana y de las mentalidades. Planteamientos como los de Goffman se fundamentarían en este tipo de análisis.

Retomando el estudio del espacio y de su territorialización, es importante observar los mensajes implícitos en cada uno de los elementos del paisaje urbano y cómo a partir de ellos se van delimitando los sentimientos, las acciones y

las reacciones de los habitantes de la ciudad, de unos hacia otros y de todos hacia su entorno. Sin conocer la amplia gama de panoramas que la ciudad nos presenta y sin analizar el lugar que cada territorio tiene en el entramado de las relaciones de poder locales, regionales y nacionales, no se puede tener una idea clara de lo que significa cada una de las manifestaciones de la cultura urbana.

Bibliografía

Augé, Marc

1987 *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*, Gedisa, Buenos Aires.

1993 *Los "no lugares", espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.

Chueca Goitia, Fernando

1972 *Historia del urbanismo, Siglo XXI*, Barcelona.

García Canclini, Néstor

1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.

1995 *Consumidores y ciudadanos*, Grijalbo, México.

Hannerz, Ulf

1986 *La exploración de la ciudad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lomnitz, Claudio

1995 *Salidas del laberinto*, Joaquín Mortiz, México.

Spengler, Oswald

1972 *Decadencia de Occidente*, III tomos, en Fernando Chueca Goitia, *Breve historia del urbanismo, siglo XXI*, Barcelona.

Wirth, Louis

1960 "El urbanismo como modo de vida", en *American Journal of Sociology*, número 44.